



TAO LIN

Llegan los “Young Yayos”

El norteamericano de ascendencia china-taiwanesa, punta de lanza del fenómeno de la Alt Lit, visitó Barcelona para presentar su “Taipéi” (Alpha Decay). Y a su encuentro que se fue Antonio Baños para: A, almorzar gratis y B y más importante, esperamos, resolver su enigma creativo. **texto ANTONIO BAÑOS fotos MARTA CALVO**

Enfentarse a la rebeldía postadolescente de hoy en día sale, como mínimo, barato. Un servidor de ustedes tiene una edad y ha tenido que registrar y consignar ya varias generaciones de rebeldes escritores postadolescentes ahogados por la nada, la incompreensión y tal y cual, y les aseguro que la *juventú* que sube hoy en día bajo la etiqueta de Alt Lit es de los más asequible. Económica y personalmente. Alguno que he visto en acción (Ben Brooks) bebía lo suyo, pero no llega ni de lejos a cerrar un *after* como Dios manda. Algunos se drogan, pero no más que cualquier cincuentón afectado por un ERE. En general, los Alt Lit son gente educada y limpia.

Tao Lin, el chaval del que más o menos tratará este texto, come poquito, bebe agua con gas y se conduce con moderación y modestia ante nuestra presencia. Los nuevos jóvenes rebeldes son, ante todo, gente de orden. Escritores que enamorarían a cualquier suegra siempre que esta no fuese Courtney Love o Dorothy Parker.

Total, que Tao Lin se pasó por Barcelona de la mano de Alpha Decay y estuve un ratito viendo como le ha-

cían preguntas otros compañeros más puestos en literatura que un servidor. El escritor norteamericano ha firmado un libro que se llama *Taipéi* y que tiene arrebataada a su grey de enredados sociales en esa máquina que llaman el *interné*. Ahora les explico la parte teórica y luego sigo con Tao Lin.

Primera teoría

Sobre esta nueva escuela literaria llamada Alt Lit y, por extensión la cultura postjuvenil preadulto que la alimenta (los llamados *hipsters*), tengo una teoría. Y sí, me temo que la van a tener que conocer.

Esta generación ha decidido renunciar a comportarse como jóvenes. Su signo diferencial es ese. Su más absoluta indiferencia a su condición vital y a los mitos y clichés asociados a la misma. Los jóvenes *atléticos* no son un sumidero de hormonas abocado a seguir sus pasiones de forma compulsiva y suicida. Ya no. El chute, la *rave* de tres días, la moto trucada y el sexo comunal, han sido desterrados de su panteón. La locura juvenil ha dado paso a la moda senil. Hoy, parecer joven es lo joven.

Es decir, que los chavales han adoptado toda la mitología y el comportamiento de nuestros jubilados como norma de vida. Y, así, uno puede toparse con veinteañeros haciendo calceta, cocinando magdalenas que parecen panes gallegos (*carqueics*, las llaman) o vistiéndose con jerseys de pico y faldas estampadas que no desentonarían en el *lobby* de cualquier hotel de Benidorm en pleno noviembre. Adiós subidón, hola merienda.

¿Y por qué toda una generación en plena forma física y con buena salud vive a ritmo lento? ¿Por qué abandonan el riesgo físico e intelectual y se arrebujan en modo *sofamanta* para ver pelis inofensivas? Creo tener una explicación profunda: ser viejo en el siglo XXI será lo más parecido a ser un yonqui adolescente del siglo XX. Piensen que vivirán sin pensiones ni sanidad pública. Obligados a currar hasta más allá de los 70. Nuestros jóvenes ya se ven compartiendo jeringuillas de insulina y haciendo bisnes con rulas de antiinflamatorios cuando peinen canas.

Han entendido que la emoción, el riesgo y el rocanrol les tocará vivirlo a partir de los 65 años. Por lo tanto,

lo más razonable es tomárselo con calma ahora que aún están sanos y tienen asegurado el táper familiar. El *viejunismo* juvenil es, pues, puro instinto de conservación: vive la ancianidad a tope ahora que eres joven, que luego te harán currar hasta los 80.

Puede parecer una parida de teoría pero, cuando uno lee *Taipéi* y otras obras del frente *altrítico*, los textos no hacen más que confirmarla. Los *hipsters* son, en realidad, unos neoyayos. El gran error de exégesis sobre la Alt Lit sería tratarlos como un movimiento juvenil dinámico. Les propongo que lean *Taipéi* en voz alta pero con la entonación de Joaquín Reyes interpretando a Onofre de *Museo Coconut*. Es decir, con voz *viejuna*. Acudan también a ese gran personaje de *Muchachada nui* que retrata a la perfección el universo Alt Lit: “Cabeza de viejo, cuerpo de joven”. Y verán cómo todo cobra nueva luz.

Los protagonistas de *Taipéi* son un grupo de personas dedicados a hacer cosas de jubilados. Están todo el día en bibliotecas públicas (leyendo en voz alta sus propias obras). Van a fiestas pero lo primero que hacen es sentarse en el sofá. Lo que más les preocupa en la novela es qué van a hacer para cenar. De acuerdo, es Nueva York y el dilema es entre tacos y ensaladas orgánicas, pero son problemas de madre, no me digan.

Y, sobre todo, está el tema de las drogas. La gente retratada por Tao Lin solo se droga con pastillas provenientes de la industria farmacéutica. Es decir, con cosas que se recetan. Como los abuelos. Nada de pillar heroína en las Barranquillas o esnifar yeso por cocaína en un váter de un bar de travelos. Los protas del Tao Lin salen con el pastillero puesto y se van dosificando benzodiazepinas y antidepresivos con regularidad *yayera*. Supongo que como en los Estados Unidos la sanidad no es pública, la cosa tiene más riesgo. Aquí, este género es imposible porque, como todo el mundo sabe, si vas al seguro con *Taipéi* bajo el brazo, el médico de cabecera te da todo el recetario de



El cronista toma notas con gesto reconcentrado mientras Tao Lin responde a las dudas de uno de sus entrevistadores. También es posible que Antonio Baños esté resolviendo un sudoku, componiendo un haiku o repasando la lista de la compra, pero eso, a diferencia del día a día de Tao Lin, nunca lo sabremos.

la novela sin problemas. Jóvenes metiéndose en las drogas típicas de las madres divorciadas de mediana edad, mala cosa.

Los neoyayos de *Taipéi*, al igual que aquel mítico personaje de José Mota, la vieja del visillo, llenan su vida hablando de lo que hacen y dejan de hacer los demás. Menti-dero de lavadero y modistillas pero como más de mundo, más ciber. Que si fulano me ha agregado, que si zutano colgó que aquel tipo que le desagregó le había hecho un *ai-laiqui* en un video, que si aquel, que si el otro, que si quítame allá unos *guasap...* Vida de provincias con tecnología global.

Como muchos abuelos de los de antes de la Cialis, también tienen abandonada la coyunda, el sexo. Y una cosa que me ha sorprendido: los personajes de Tao Lin follan poco y muy mal, pero se duchan muchísimo. A mí, a su edad no se me hubiese ocurrido nunca plantearlo así. Cosas de los *Young-Yayos*. Retrata un mundo donde no es que no pase nada, sino que a nadie le importa que no pase nada. Tao Lin ha conseguido en *Taipéi*, en suma, el difícil ejercicio de que la Nueva York contemporánea nos recuerde poderosamente a la Palencia de los años 1950. Un lugar donde nada es

relevante excepto si te desagregan del Facebook. Y luego a cenar y a ver una peli en el Mac. Y a dormir.

El chico en sí

En las entrevistas que le hacen a Tao Lin en un rincón del Centre de Cultura Contemporània de Barcelona, hay una preocupación recurrente sobre el chaval por parte de la prensa cultural. Le reconocen el mérito literario pero les intriga y preocupa que no se interese por “hacer carrera” o por aquilatar su producción según unos criterios de excelencia. “Mis personajes no saben qué es productivo y qué no”, contesta el autor. No se trata de vagancia o de aquella cosa elegante de finales del XIX que llamaban *spleen*. Es algo mucho más nuevo. Tao Lin nos habla de la producción continua. La vida y la explicación en tiempo real de esa misma vida, a través de artefactos y redes, se confunden. No hay experiencia y traslado de esa experiencia a través del arte. Todo, lo vivido y lo explicado, es lo mismo. O todo es diferente. Tao Lin suelta una frase magistral: “Todo lo escrito es literatura, puesto que es diferente a lo experimentado”. Como los personajes de la novela, no hay acto vital si luego no es registrado y colgado en red. Si no se perpetúa al instante. Tu Instagram y tu vida deben tener,

aproximadamente, los mismos teras de información.

En contra de mucho de lo que he leído sobre él y su literatura, Tao Lin no es un nihilista. No está chillando su vacío al mundo. Lo que necesita el chaval, lo que está exigiendo a la sorda sociedad, es un trabajo a media jornada, una buena chica y un alquiler razonable. Y las tardes libres para ver YouTube. No hay ninguna impugnación del mundo en él, pero no por ello hay renuncia. Hay vida moderna. De esa que se vive al instante y se olvida al instante. Que es siempre semejante a sí misma y parecida a la de los demás. Vida-yaya.

Ante el intento de nosotros, periodistas del siglo pasado, de encajarlo en términos de “obra”, “producción” “carrera” o “éxito”, Tao Lin nos descoloca inteligentemente con una metáfora paleolítica. Más o menos explica: “La lucha por triunfar, prosperar, producir viene con el neolítico. Cuando se empieza cultivar, se empieza a acumular. De ahí se deriva esa idea de competencia. Yo lo veo más como el paleolítico, cuando cada uno se sostenía con lo que necesitaba y era absurdo tener más que el otro, puesto que todo estaba ahí”.

No está nada mal la cosa. El tipo es listo. Estos yayos suben espabilados.

Acabadas las entrevistas, salimos al patio. Le hacen fotos y se deja. En un mundo *selfie*, la timidez es una pose de atractivo irresistible. Me acerco a un olivo que se encuentra junto al MACBA y arranco una oliva negra a lo tonto, casi como por hacer algo. Tao Lin se me acerca interesadísimo: “¿Qué fruto es ese?”, pregunta. “Pues una oliva”, contesto algo descolocado. Tao Lin abre los ojos y comenta que jamás había visto una así, al natural. A un milenario mediterráneo como yo, criado con Esquilo y las arbequinas, eso me parece absolutamente increíble. Tao Lin coge la oliva negra y se la acerca a la nariz y luego a la boca. La chupa un poquito y se dispone a morderla. Sus gestos están a medio camino entre los de un sumiller frente a una cata y un perro perdiguero oliendo el pis de un pariente. “Cuidado, no está madura todavía”, le advertimos los indígenas. Pero Tao Lin, un joven alocado que vive a tope, desprecia todos

nuestros consejos y, como aquella Eva bíblica, muerde media oliva. Rumia y luego piensa. Qué nuevos recuerdos le traerá la amarga oliva de Barcelona. La nueva magdalena de Proust. Lean y lloren, *hipsters* del mundo. ¡Yo fui el tipo, el *dealer* que le pasó su primera oliva a Tao Lin!! Si, con el tiempo, el escritor cae en la adicción y se le ve por los *Spanish tapas bars* de New York metiéndose ciego a gazpachas y gordiales, o apurando un bote de La Española con anchoa en un callejón del Bronx, que se sepa que yo le metí en el asunto. ¡Qué demonios! Ni Atarax ni Klonopin ni tanta rula de farmacia. Oliva del mediterráneo. ¡Mandanga de la buena! Un mesesito en Salou a paellazo limpio y se le pasa la modernidad de golpe, intuyo y proclamo en voz alta. Y mis acompañantes asienten convencidos. Tao Lin no es un *hipster* tan fiel como aparenta. Me huele a carne de sangría y siesta. Eso es lo que su alma me muestra durante un segundo mientras ennegrece sus orientales encías con la olivada.

Para rebajar este momento autócoto y evitar un colapso guiri, llevamos a Tao Lin a un mexicano de esos internacionales regentado por unos argentinos que, obviamente, han conseguido colar un postre de dulce de leche en la carta. Somos Ana S. Pareja, editora de Alpha Decay, intensa y activa como siempre, y la jefa de prensa de la editorial, Claudia Cucchiariato, encantadora y perspicaz también como siempre (sí, me pagaron la comida, lo confieso antes de que piensen mal).

Tao Lin pide sopa, es educado y habla con sentido sobre comida orgánica y cotilleos de la panda del Alt lit delegada en España. Se ríe con algún chiste mío y eso, objetivamente, hace que me caiga bien.

Segunda teoría

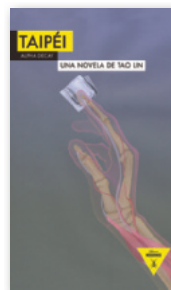
Conozco y comprendo perfectamente la tesis que sostiene que, para reflejar el aburrimiento y la banalidad contemporáneas, uno debe escribir mal y sobre nada porque así son los tiempos que nos sostienen. Tiempos banales y sin oraciones subordinadas. Oigan, que yo soy de la época del realismo sucio y de *American Psycho*. Del Kronen y de cuando Lucía Etxebarria y

los jóvenes caníbales, así que estoy curado de espantos. En el caso de *Taipéi* no se trata de descuido estilístico o de voluntad por transmitir alguna sensación concreta de pérdida o desamparo. Es, más bien, como una re-transmisión de la vida. Y en eso llegamos a un punto que sí que encuentro novedoso de los *allíticos*. Han hecho (como todos los de su edad) una industria de sí mismos. El yo ya ni siquiera es el tema. El yo es la fábrica y el producto. El yo es la materia prima, pero también el

“No hay impugnación del mundo, pero no por ello hay renuncia.”

producto elaborado. El yo continuo o, mejor, la presencia continua del yo en esa esfera pública cruel y narcisa que es la Red. Es literatura pero ya casi no. Tao Lin y los suyos la trascienden desde la emisión constante de sí mismos. A Lin se le lee en libros, blogs, correos, vídeos. Se le encuentra hoy, mañana, tarde y noche. Más que un autor es un bazar abierto 24/7. Como lo de Andrés Trapiello pero en tiempo real. El yo literario, construido y reflexionado parece que se ahoga frente el yo continuo puramente performático. Explicaba muy bien Giorgio Agamben cómo, en la vida contemporánea, de los acontecimientos éramos incapaces de extraer experiencia. En estas nuevas *bildungsroman* nada se construye, nada se aprende, nada se abandona. El yo conectado actúa pero no se modifica.

Mucha red y mucho mundo pero Tao Lin no trae el enchufe de ancho europeo para conectar sus aparatejos de soporte vital, o sea, su MacBook. Caminamos buscando y preguntando a los vecinos por “un chino” donde comprar un adaptador. No sé si él cree que hay un chiste ahí. Por la tarde ha quedado con Luna Miguel y Antonio J. Rodríguez, que regentan el concesionario Alt Lit en España. Pierdo a Tao Lin en una esquina y me quedo en suspenso sobre él y su obra. Tan *viejuno* y tan contemporáneo. Días de tiempo instantáneo. ■



Taipéi
Tao Lin
Alpha Decay
304 págs. 21,90 €.